

Los búcaros

De las Indias para el mundo

Beatriz E. Rovira

Universidad de Panamá-Patronato Panamá Viejo, *brovira_2@yahoo.com*

Felipe Gaitán

Universidad de Columbia, Nueva York, *fg2112@columbia.edu*

Palabras claves: Cerámica roja fina, búcaros, Panamá, arqueología histórica.

Resumen

En este trabajo se realiza una revisión de fuentes diversas que permiten aproximarse a la identidad histórica, geográfica y cultural de la que llamamos Cerámica Roja Fina (CRF), reportada en numerosos sitios arqueológicos de colonización española en América. En Panamá, se han colectado fragmentos en las excavaciones realizadas en Panamá Viejo y el Casco Antiguo de la ciudad de Panamá, con un rango temporal que va desde los siglos diecisiete al diecinueve. Su presencia se reporta, además, en sitios europeos, particularmente España, Portugal y Holanda.

El propósito no ha sido meramente describir y definir un tipo cerámico, sino documentar un aspecto particular de la materialidad del pasado reciente que en su momento, representó la convergencia de múltiples tradiciones culturales dentro del marco de la constitución del mundo moderno. Por lo tanto, como aporte metodológico, el artículo invita a una reflexión acerca de la elasticidad conceptual que debe ser la base del proceso de identificación e interpretación de materiales arqueológicos de sitios post conquista del nuevo mundo.

La CRF es relacionada entonces, con los llamados búcaros o barros de Guadalajara, Natá y Chile, mencionados en diferentes documentos históricos, utilizados para aromatizar y enfriar el agua que en ellos se servía. Fueron famosos durante el Siglo de Oro por su exotismo, y por los efectos producidos por su ingestión, es decir por la bucarofagia.

Key Words: fine red pottery, *búcaros*, Panamá, historic archaeology.

Abstract

This article intends to gather the information concerning a certain group of fine red pottery that has been reported from a time ago in many colonial sites of various regions of Hispanic America. Even though they are well known in the archaeological sphere, there is a lack of clear historical referents that could promote the interpretation and comprehension of its significance for the societies of the recent past. Taking as a starting point the archaeological data compiled in the frame mark of the study of the material culture of the Colonial period in Panama, we propose a brief review of the literal and iconographic sources that can allow us to specify the historic and geographic identity of this pottery type, tightening up their bonds with the cultural tendencies of the Baroque period, as it was the tendency towards collection building and the taste for exotic articles. We particularly stress the relation between the mentioned pottery and a specific artifact very much desired by the courtesan elites of Spain during the Austria's period, that is the *búcaros* or *barros* of the Indies.

The mentioned vessels, used to refresh and perfume the water to drink, also impressed for their unusual and delicate shapes. Moreover, these objects were distinguishing elements through which the so called *bucaro*-phagy developed, a practice very well documented in the literature of the Spanish Gold Century, consisting in the ingestion of *búcaro* sherds, specially within social high class women. This activity, claimed to have medical and cosmetic functions, has been frequently described as one of the most unusual customs prevailing within the Spanish courtesans of the seventeenth century, even though it seems to have permeated inferior levels of the Iberian and colonial society.

The study of the *búcaros* goes hand in hand with that of the fine

red pottery, in a mere practical way as well as the one that leads to the extreme of the Baroque customs, as part of the archaeological record of the consumer globalization that the European colonial enterprise lead to. The methodological contribution of this paper aims to a reflection concerning the inherent conceptual elasticity involved in the process of identification and interpretation of the archaeological materials from sites dated after the European conquest of the New World. The *búcaros* are magnificent examples of cosmopolite artifacts own to modernity, were they impounded or inventoried for their commercial value, or treasured and represented in the Baroque paintings as explicit manifestations of a fashion tendency that, as all tendencies, ended up yielding to the changing logics of social distinction.

Búcaro pottery resembles a multiplicity of geographic, social and cultural trajectories, dangerous and difficult to embrace in rigid typological terms, may it be in its literary or pictorial vicissitudes or in its usually tiny archaeological fragments, which give reference to its material existence.

Este artículo pretende reunir la información existente acerca de un grupo de cerámicas rojas finas que, desde hace ya algún tiempo, se ha venido reportando en sitios arqueológicos coloniales en varias regiones de la América hispana. A pesar de ser bien conocidas desde el punto de vista arqueológico, estas cerámicas aún carecen de referentes históricos claros que nos permitan avanzar en la comprensión e interpretación de su significado para las sociedades del pasado reciente. Tomando como punto de partida los datos arqueológicos que se han recopilado dentro del marco del estudio de la cultura material del período colonial en Panamá, proponemos una breve revisión de fuentes escritas e iconográficas que permiten precisar la identidad histórica y geográfica de este tipo de cerámica, estrechando además sus vínculos con tendencias culturales características del período barroco, como el gusto por el coleccionismo y el aprecio por los materiales exóticos. En particular, hacemos énfasis en la estrecha relación existente entre dichos materiales y un tipo específico de artefacto muy apetecido por las elites cortesanas en la España de los Austrias: los llamados búcaros o barros de las Indias. Estas vasijas, empleadas para refrescar y perfumar el agua de beber, sorprendían también por sus delicadas e inusuales formas. Estos objetos, cuyos complejos orígenes culturales son aún motivo de debate, constituían además elementos distintivos en torno a los cuales se desarrolló la llamada bucarofagia, una práctica ampliamente documentada en la literatura del Siglo de Oro español, y que consistía en la ingestión de fragmentos de cerámica bucarina, especialmente por parte de las mujeres de elevado rango social. Dicha práctica, a la cual se le atribuía funciones cosméticas y medicinales, a menudo se ha descrito como una de las costumbres más insólitas prevalentes entre las cortesanas españolas del siglo diecisiete.

En este ensayo, presentamos una serie de argumentos que sugieren que el estudio de los búcaros indios, tanto en su faceta meramente práctica como en aquella que lleva al extremo la extravagancia de las costumbres barrocas, va de la mano con aquel de las cerámicas rojas finas. Más aún, señalamos que, aunque en forma de minúsculos fragmentos arqueológicos distribuidos a lo largo y ancho del otrora imperio español, estos materiales pueden y deben leerse e interpretarse hoy como unos elocuentes testimonios de la globalización consumista que derivó de la empresa

colonial europea. Inventariados o embargados por su valor comercial, o atesorados y representados en la pintura barroca como manifestaciones explícitas de una moda que, como todas, terminó cediendo a las lógicas cambiantes de la distinción social, los búcaros constituyen magníficos ejemplos de artefactos cosmopolitas propios de la modernidad. En sus avatares pictóricos o literarios, tanto como en los desechos culturales que dan cuenta de su realidad material, las cerámicas bucarinas encarnan una multiplicidad de trayectorias geográficas, sociales y culturales que son difíciles y peligrosas de abarcar en términos tipológicos rígidos. Por lo tanto, como aporte metodológico, este artículo invita a una reflexión sobre la elasticidad conceptual que debe ser la base del proceso de identificación e interpretación de materiales arqueológicos provenientes de sitios posteriores a la conquista europea del Nuevo Mundo.

Una incógnita de larga data

En un trabajo publicado hace ya varios años (Rovira 1984), se hacía una primera mención de los conjuntos de artefactos arqueológicos obtenidos en las excavaciones que, en la década de 1980, habían comenzado a realizarse en el Casco Antiguo de la Ciudad de Panamá. Entre estos artefactos, se describía un grupo de cerámicas con engobe rojo, generalmente bruñidas, y que fue denominado entonces de la manera que seguiremos empleando en este artículo: cerámica roja fina (CRF). En esa fase inicial del desarrollo de la arqueología histórica en Panamá, nos enfrentábamos a las evidencias arqueológicas de la cultura material de la época colonial, un tema inexplorado en el país, a no ser por los trabajos pioneros de investigadores como José María Cruxent (1979), John Goggin (1968) y George Long (1967).

Dado que los depósitos arqueológicos hallados durante las excavaciones realizadas en el Casco Antiguo correspondían fundamentalmente a los siglos dieciocho y diecinueve, la identificación de los materiales en ellos contenidos inicialmente se basó en estudios centrados en la cultura material de las colonias inglesas de Norteamérica, entre los cuales deben mencionarse, fundamentalmente, los trabajos de Ivor Noël Hume (1980) y Stanley South (1977). En lo concerniente a la producción de mayólica, *delft*, *faïence* y loza inglesa, existía una masa considerable de bibliografía

fía de referencia que, de una u otra manera, permitía proponer hipótesis interesantes sobre lo que la presencia de estos materiales significaba en el registro arqueológico panameño (ver por ejemplo Lister y Lister 1974; 1987). Por el contrario, no era mucha la literatura disponible con respecto a otras categorías de artefactos. En consecuencia, dentro del contexto de la arqueología histórica de las antiguas colonias españolas, este primer momento se caracterizó por un esfuerzo por identificar los diferentes grupos cerámicos presentes a nivel local, establecer su rango cronológico y procurar vincular dichos materiales a focos específicos de manufactura alfarera.

Con el transcurso del tiempo se fue ampliando considerablemente la literatura en torno a estos temas (Deagan 1987; Pomper 2008; Rovira 2001; Rovira *et al.* 2006; Rovira y Mojica 2007, entre otros). De la CRF, no obstante, muy pocas referencias se tenían entonces y aún hoy en día, esta cerámica permanece inscrita dentro de un grupo de materiales que requiere ser estudiado con mayor detenimiento.

Con el avance en el conocimiento de los conjuntos arqueológicos de períodos posteriores a la conquista europea, tanto en Panamá como en el resto de América, comienza a observarse un registro recurrente de fragmentos cerámicos ubicados temporalmente entre los siglos dieciséis y diecinueve y que, vistos en retrospectiva, parecen referirse a la categoría CRF. Esto crea las condiciones necesarias para plantear algunas hipótesis generales sobre la procedencia y distribución de este tipo de materiales, así como sobre sus usos y significados sociales a nivel global. Aún así, por tratarse la CRF de una expresión de la cultura material que floreció en un período de intensa expansión mercantil, su estudio requiere de una aproximación igualmente abarcadora que incorpore evidencias provenientes de las diferentes regiones que constituyeron el sistema mundo en la época colonial.

En 2004, Diana Zarate realizó un primer intento por sistematizar la información arqueológica disponible sobre la CRF, partiendo de la revisión de una muestra obtenida en el sitio de Panamá Viejo y que se agrupaba cronológicamente en torno al siglo diecisiete. Sin embargo, en ese ejercicio quedaron fuera de consideración una serie de referencias de primera y segunda mano que desde entonces fueron recopilándose en el seno del

Proyecto Arqueológico Panamá Viejo. Hoy en día, los datos que permanentemente se rescatan en los contextos arqueológicos de Panamá Viejo se han sumado a los que, hace ya más de dos décadas, se obtuvieron en depósitos de los siglos dieciocho y diecinueve en el Casco Antiguo de Panamá (ver Rovira 1983, 1984), así como a aquellos que aún se recuperan en dicho núcleo urbano, dentro del marco de las evaluaciones de impacto ambiental exigidas en los proyectos de restauración del patrimonio edificado panameño (Juan G. Martín, comunicación personal 2009). Esta fuente de datos en constante expansión nos permite documentar localmente la CRF a lo largo del amplio período histórico en el que fue producida y utilizada, así como sentar una base sólida para su estudio comparativo con muestras provenientes de otras regiones de Latinoamérica.

La CRF: una denominación incluyente

El estudio de la CRF está asociado a una cantidad significativa de trabajos realizados sobre cerámicas históricas sin torno ni vidriado que incorporan rasgos tecnológicos y estilísticos indígenas, africanos y europeos (ver por ejemplo Duarte y Fernández 1980; Schávelzon 2001; Schreg 2010; Smith 1997; Solís Magaña 1999; Therrien *et al.* 2002). Estos materiales han recibido distintas denominaciones e interpretaciones según los contextos en que han sido estudiados pero, en general, se ha aceptado que son producto del contacto, intercambio, creación o transformación de tradiciones alfareras que resultan de la conquista y colonización del continente americano. Especialmente en la arqueología de corte norteamericano, las cerámicas domésticas burdas y sin tornear inicialmente se denominaron Colono-Indígenas por suponerse que reflejaban cierta continuidad tecnológica en la alfarería de las sociedades indígenas colonizadas por los europeos a partir del siglo dieciséis (Noël Hume 1962; Lees y Kimery Lees 1979). Posteriormente, y especialmente con base en los trabajos de Leland Ferguson en antiguas plantaciones del sureste de los Estados Unidos, se reconoció que las cerámicas Colono-Indígenas también podían estar representando el universo material de las numerosas y culturalmente diversas poblaciones de origen africano que, sin quererlo, tomaron parte en la empresa colonizadora del Nuevo Continente (Ferguson 1980, 1992, 2000). A partir de entonces, se ha preferido la denomi-

nación anglosajona *Colonoware* para referirse a este grupo de cerámicas burdas elaboradas con rollos, cocidas a bajas temperaturas y usualmente poco decoradas, a pesar de lo homogeneizante, confuso y problemático que puede resultar el término (Mauer 1999).

En el sitio de Panamá Viejo, las primeras descripciones de tipos cerámicos correspondientes a esta tradición mestiza fueron realizadas por George Long a finales de la década de 1960 (Long 1967). Este investigador reconoció de manera acertada la presencia de dos variedades de materiales que cabían dentro de la categoría de cerámica Colono-Indígena –una con engobe, y la otra sin él–, además de un tipo cerámico distinto, también elaborado sin torno, de paredes muy finas y superficie roja bruñida al cual denominó *Spanish Fine Red Ware*. Sin duda alguna, esta última categoría tipológica correspondía a la CRF en la que se centra el presente estudio. Años después, Rovira (1984) retomó la clasificación propuesta por Long, confirmando la presencia de diferencias notables en el grosor y calidad de la pasta, en la morfología y en el tratamiento superficial de estas cerámicas sin tornear. Así, la autora propuso a su vez la denominación de este grupo de materiales como cerámicas Hispano-Indígenas, y su división en dos categorías definidas por la presencia o ausencia de engobe. Dentro de la primera categoría, Rovira igualmente reportó la existencia de una variedad fina, la CRF, dejando abierta la posibilidad de que estas variaciones estuviesen reflejando diferencias tanto en el origen de las piezas como en el contexto sociocultural de su producción y utilización.

Para el caso específico de Panamá, la caracterización de una muestra de cerámicas Hispano-Indígenas provenientes del sitio de Panamá Viejo por parte de Mirta Linero (2001) marcó un cambio en el apelativo de este tipo de materiales. A partir de este momento, y en respuesta a la necesidad cada vez mayor de enfatizar la participación de las comunidades de origen africano en la configuración de la sociedad colonial, se abandona el calificativo Hispano-Indígena, adoptándose en su lugar el término de cerámicas Criollas para referirse a este grupo de artefactos. En este punto, sin embargo, el tratamiento de la superficie de las piezas se mantiene como el criterio básico para diferenciar las dos variedades de cerámicas Criollas –con engobe y sin engobe–, sin distinguir sistemáticamente entre las variantes gruesas y finas. En este punto, la categoría CRF parecía haberse vuelto obsoleta.

En 2004, Diana Zárate emprendió un nuevo intento por refinar los criterios de clasificación de la cerámica Criolla, revisando las muestras reunidas en distintos puntos del sitio de Panamá Viejo. En su monografía, Zárate se enfocó en el análisis de la cerámica Criolla con Engobe, aquel macro grupo en el cual había caído la CRF, y dentro del cual, evidentemente, parecía existir un mayor rango de divergencias tipológicas. Como conclusión de su trabajo, Zárate propuso la división de la cerámica Criolla con Engobe en tres tipos distintos: (1) Cerámica Criolla con Engobe con sus variedades alisada y pulida; (2) Cerámica Naranja con Engobe; y (3) Cerámica México Engobe Bruñido. Este último tipo que, según las observaciones de Zárate, también presentaba variedades gruesas y finas, correspondía con una cerámica definida con dicho nombre por Marisol Sala Díaz (1996) en su tesis de licenciatura. El tipo México Engobe Bruñido no solamente abarcaba aquellos artefactos ubicados por Rovira en la categoría CRF: guardaba además una obvia relación con aquel tipo descrito anteriormente por Deagan como *Mexican Red Painted Earthenware* (1987:43-44). Sin embargo, tal como Deagan lo señalaba en el momento de publicar su famoso catálogo de artefactos de las colonias españolas en América, el hecho de que la denominación de este tipo implícitamente señalara a México como foco único de manufactura de esta cerámica resultaba engañoso, ya que no existían en ese entonces estudios históricos o de composición de arcillas convincentes que apuntaran hacia esa dirección.

Hoy en día –y tal como pretendemos demostrarlo aquí– el argumento de Deagan sigue siendo válido, pues el origen exclusivamente mexicano de todas aquellas cerámicas que caben dentro de la categoría CRF aún no ha podido ser confirmado. Por consiguiente, consideramos conveniente volver a una apelación más incluyente para describir este grupo de artefactos, tal como lo es el término Cerámica Roja Fina propuesto por Rovira años atrás. Con todo, más allá de cualquier discrepancia o inconsistencia en cuanto a denominaciones tipológicas se refiere, lo cierto es que trabajos como los ya referidos de Long, Rovira, Deagan, Sala Díaz y Zárate aluden a un grupo muy particular de materiales cerámicos del período colonial, cuya pasta fina, paredes delgadas, engobe rojo bruñido y delicadas formas modeladas hacen prácticamente inconfundibles.

La CRF en la arqueología latinoamericana

Las condiciones propias de un ámbito de conocimiento relativamente nuevo como el de la arqueología de sitios post conquista en la América hispana hacen que no resulte una tarea sencilla obtener datos concretos acerca de la presencia y distribución de materiales como la CRF en las antiguas colonias españolas. En primer lugar, la publicación de datos arqueológicos en la región dista de tener el dinamismo requerido para que éstos se difundan adecuadamente. Por otra parte, los informes provenientes de distintas regiones de Latinoamérica no siempre incluyen datos contextuales y cronológicos de los materiales que reportan, algo seguramente agravado por el hecho de que la nomenclatura de los grupos cerámicos a menudo difiere de país en país. Por tales razones, la reseña que sigue sin duda es incompleta, pero sirve a los fines de ilustrar la ubicuidad de la CRF en gran parte de lo que otrora constituyó el inmenso imperio español en el Nuevo Mundo.

Como anteriormente se señalaba, los trabajos arqueológicos sistemáticos que se realizan en el sitio de Panamá Viejo desde 1996, han permitido reunir una colección importante de fragmentos de CRF adjudicable al siglo diecisiete. De acuerdo con la base de datos de este proyecto arqueológico, en diferentes contextos excavados en el Convento de las Monjas de la Concepción, las frecuencias de CRF oscilan entre un 4 y un 20 por ciento del total de las cerámicas recuperadas. En la llamada Casa de los Genoveses (Gaitán 2011, en prensa), dicha frecuencia es de 3.6 por ciento, mientras que en las excavaciones realizadas en el Cabildo y en las Casas de Terrin (Zárate 2004), es de sólo un uno por ciento. El significado histórico y cultural de estas variaciones aún debe ser elucidado, pues de momento no es claro si los datos que se tienen señalan diferencias reales en las prácticas de consumo propias de los distintos sectores sociales repartidos en diferentes áreas de Panamá la Vieja a lo largo de su existencia, o si, por el contrario, esta información refleja cambios en las estrategias de muestreo y clasificación que se han implementado en el proyecto arqueológico en los últimos 15 años. Siguiendo con el caso panameño, consideramos relevante recordar los datos obtenidos en contextos cronológicamente bien acotados durante las excavaciones realizadas en la Mansión Arias Féraud, en el Casco Antiguo de la ciudad de Panamá (Rovira 1981,

1983). En dicho sitio, la CRF representa en promedio el 33 por ciento de la cerámica recobrada en depósitos del siglo dieciocho. En estratos del siglo diecinueve, la frecuencia promedio de CRF es de 20 por ciento.

Pasando a otras regiones de la América hispana, con base en la descripción de los materiales arqueológicos obtenidos en varios sitios de Quito (Ecuador), se colige que la cerámica denominada Terracota Fina corresponde a nuestra CRF: "...cuerpo lobulado que, muchas veces, representa la imitación del repujado en metal [...] engobe rojo altamente pulido" (Buys 1997:15). En las excavaciones del Convento de Santo Domingo, la Terracota Fina representa el 3.6 por ciento de toda la cerámica recuperada (Buys 1997:118).

De igual manera, la presencia de materiales relacionados con la CRF ha sido reportada en Lima (Daniel Ceballos, comunicación personal 2006), Bogotá (Gaitán y Lobo Guerrero 2006), Cartagena de Indias (Therrien *et al.* 2002) y Buenos Aires (Schávelzon 2001). En la antigua misión jesuítica de La Candelaria, provincia de Misiones, Argentina, se identificaron hace varios años algunos pocos fragmentos de cerámica con engobe rojo, que se denominó Candelaria rojo (ver Rovira 1989) y se relacionó entonces con la producción de la misión franciscana de Ytá, en la provincia de Corrientes, la única fábrica que "... provee a toda la provincia y aún en parte a Santa Fe y a Buenos Aires..." (Azara 1904[1740]:20).

Finalmente, en Chile, las investigadoras Catherine Westfall y Claudia Prado (comunicación personal 2003) han reportado la presencia de CRF en diferentes sitios coloniales de Santiago de Chile. Prado, en particular, ha presentado un trabajo con una serie de referencias históricas que hacen posible documentar la producción de este tipo de cerámica en Chile durante los siglos diecisiete, dieciocho e incluso, de manera epigonal, durante las primeras décadas del diecinueve (Prado 2006). La documentación citada por Prado apunta, inclusive, a relacionar la manufactura de la CRF con la cerámica producida en los conventos de monjas de Santiago, aunque no puede decirse con precisión en cuál de los cuatro claustros femeninos existentes en dicha ciudad a finales del siglo diecisiete.

La CRF y sus referentes: historia, pintura y literatura

Pese a sus características distintivas, el reconocimiento de las formas completas en las que la CRF podía presentarse en el pasado reciente ha sido una tarea difícil desde la arqueología, ya que la delgadez y poca dureza propias de este material promovía su fractura en fragmentos muy pequeños. Sin embargo, en sondeos recientes realizados por el equipo de trabajo de la Universidad de Tübingen en el sitio de Panamá Viejo (PAPV 2008), se recobraron los fragmentos de tres piezas de CRF en contextos *de facto* que pudieron ser reintegradas de manera muy satisfactoria (Figuras 1, 2 y 3). Esta situación, poco común al tratarse de los pequeños y finos tiestos en los que la CRF suele encontrarse, nos ha permitido aproximarnos a las características formales y decorativas de este tipo cerámico. Más específicamente, las piezas restauradas de la colección de Panamá Viejo consisten en dos vasijas semiglobulares y una globular, que presentan paredes sin tornear, extremadamente delgadas. En su superficie externa, incluyendo el reborde interno de su boca, las piezas están recubiertas de un engobe naranja oscuro a rojo cuidadosamente bruñado. En las tres vasijas se aprecian pequeños bordes evertidos, así como anillos o bases abocinadas que les permiten mantenerse erguidas. Finalmente, mientras el ejemplar globular no muestra más decoración que su engobe bruñado, los dos semiglobulares presentan bocados o modelados circulares o lobulares distribuidos uniformemente alrededor de sus cuerpos, siendo estos unos rasgos decorativos que han sido reportados de manera consistente en el análisis de todas las muestras arqueológicas de CRF recuperadas en Panamá Viejo.



Figura 1. Ejemplar semiglobular. Presenta modelados de forma lobular. (Fotografía: Jean S. Pourcelot)

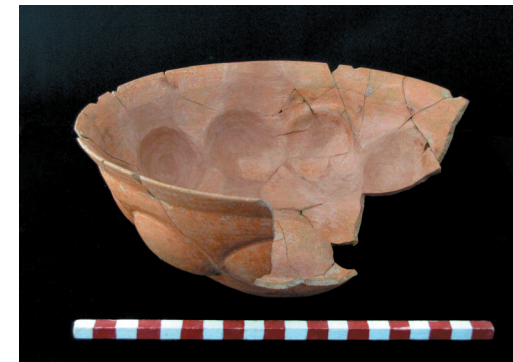


Figura 2. Ejemplar semiglobular. Presenta decoración con modelados circulares. (Fotografía: Jean S. Pourcelot)

En este punto, es necesario enfatizar la gran similitud que las piezas arqueológicas antes descritas tienen con un tipo particular de vasija de barro denominado *búcaro*, cuya procedencia americana, ampliamente documentado en la pintura y literatura del siglo diecisiete, será motivo de discusión más adelante.



Figura 3. Ejemplar de forma globular. (Fotografía: Jean S. Pourcelot)

Según Covarrubias (1995 [1611]:209), el nombre de estos artefactos, comúnmente empleados en el período Barroco para refrescar y perfumar el agua de mesa, derivaría del portugués y aludiría a sus inusuales formas de boca hinchada. El mismo autor señala que la palabra también podría venir del griego *buqueros*, cuyo significado –cuerno de buey– denotaría las intrincadas formas en que las que estas vasijas solían presentarse (Covarrubias 1995 [1611]:209). Las formas globulares y decoraciones lobulares

de las vasijas de CRF recuperadas en Panamá Viejo sin duda concuerdan con estas propuestas etimológicas, pero es en la pintura española y flamenca del Siglo de Oro en la que se observan los elementos más concluyentes a la hora de fortalecer las conexiones existentes entre la CRF de contextos arqueológicos y los búcaros (Figura 4).



Figura 4. Naturaleza muerta con dulces y barros (1627), de Juan van der Hamen. Samuel H. Cress Collection, National Gallery of Art, Washington D.C.

Las imágenes, cada vez con más frecuencia e intensidad, son reconocidas como fuentes históricas válidas para la interpretación de los datos arqueológicos (Loren y Baram 2007). En particular, una historia social de la cultura material sería prácticamente imposible de emprender si no contáramos con recursos visuales de diversa índole que, de una u otra manera nos permitan trazar vínculos heurísticos entre la vida social de los pueblos del pasado y los fragmentos arqueológicos que dan cuenta de la materialidad de sus prácticas cotidianas. Así, la observación de las representaciones de artefactos que aparecen en cualquier tipo de manifestación pictórica sirve, en términos generales, para crear asignaciones cronológicas y guiar la interpretación del objeto dentro de su contexto de uso. Se debe tener presente, sin embargo, que la relación entre el objeto y su representación no es directa, y que puede ser riesgoso considerar la

imagen como reflejo especular del contexto sistémico (*sensu* Shiffer 1972) en el que se desarrolló el devenir social del objeto. Sin duda, contemplar las pinturas del pasado otorga una sensación de inmediatez que resulta tentadoramente convincente para quien busca en ellas confirmaciones de hipótesis históricas o arqueológicas. No obstante, es más prudente partir del hecho de que dicha sensación es ilusoria pues, a lo largo del tiempo, los diferentes géneros de representación pictórica se desarrollaron dentro del marco de códigos y convenciones propias y cambiantes que le otorgaban a los elementos representados valores simbólicos, específicos e históricamente inestables.

Aunque análogos reparos pueden aplicarse al uso de las fuentes literarias en la interpretación de los datos arqueológicos de períodos históricos, no se puede desestimar la importancia que, tanto éstas como las ya mencionadas representaciones pictóricas del Siglo de Oro, tienen a la hora de brindar un contexto histórico y social al mundo de los búcaros indios. Prueba de ello es el trabajo de Pleguezuelo (2000), quien se aproxima a este grupo de artefactos cerámicos -entre muchos otros utilizados para el almacenaje, transporte y consumo del agua- desde la narrativa y la pintura del barroco español. Si bien este autor indica que no ha realizado una exploración exhaustiva de estas fuentes, presenta una nutrida reseña de pinturas del ámbito ibérico, así como abundantes referencias a crónicas de viajeros por la España de los siglos dieciséis y diecisiete que, como es frecuente en este género literario, relatan detenidamente las exóticas costumbres de los nativos peninsulares¹.

No es la idea reiterar aquí la información que Pleguezuelo reúne. Remitimos al lector al trabajo de este autor, en el cual se encuentra, como dijimos, un amplio repertorio de obras pictóricas y literarias del barroco español en las que se hace alusión a los búcaros americanos y a sus diferentes usos. No obstante, permítasenos recalcar aquí que, al observarse los espacios en los que los búcaros aparecen representados en las natura-

¹ Por ejemplo, la afición de los locales a beber agua con frecuencia y abundancia era motivo de sorpresa para muchos de los forasteros que viajaban por los reinos de España. Pleguezuelo (2000) vincula este hábito a la fuerza que los preceptos coránicos relacionados con la bebida guardaban en la población ibérica, aún mucho después de finalizada la reconquista.

lezas muertas españoles del Siglo de Oro, llama la atención su asociación recurrente con alimentos y bebidas que, conforme a las reglas de dicho género pictórico, aparecen plasmados en el lienzo de manera de reforzar su carácter consumible y perecedero. Inclusive en *Las Meninas* de Velázquez (1656), que contiene una de las imágenes más contundentes que existan de un búcaro dentro de un contexto distinto al de un bodegón, el barro que sostiene la menina María Agustina Sarmiento aparece cumpliendo con su efímera y primigenia función de refrescar y perfumar el agua de beber, tanto o más que con aquella de ser contemplado en la exquisitez y elaboración de su forma. Sea entonces este el lugar para anotar que, en su aspecto general, las formas características de los búcaros guardan una clara relación estilística con los diseños propios de la platería española del siglo diecisiete, notablemente con los de aquellas piezas conocidas como bernegales y cuya función primaria era la de contener agua o vino en la mesa (Esteras Martín 2004). De alguna manera, lo anterior sugiere que la similitud formal existente entre búcaros y bernegales está relacionada con la proximidad funcional de ambos artefactos dentro del ámbito doméstico del Barroco.

No creemos que este acápite deba cerrarse sin hacer al menos mención de la representación de vasijas de cerámica bucarina como elementos de fondo en la escenografía de algunos de los llamados cuadros de castas (ver por ejemplo García Sáiz 1996; Katzew 2004, 2009; Loren 2007). Acerca de este género pictórico, surgido durante el reinado de Felipe V (1700-1746) y de gran demanda entre los grupos acomodados de la España del siglo dieciocho, se ha publicado una gran cantidad de trabajos que subrayan los motivos y significados de su desarrollo histórico en el ocaso del proyecto colonial ibérico. Uno de ellos (Deans-Smith 2005), por ejemplo, propone que los cuadros de castas respondían a la necesidad específica que las clases altas peninsulares tenían de demostrarle al mundo un poderío ampliamente cuestionado en la Europa de ese entonces, mediante un proceso de estetización e idealización de los complejos sistemas de organización y estratificación social que supuestamente reinaban en las colonias españolas del Nuevo Mundo.

Sin duda no están agotadas, ni contribuiremos a agotarlas aquí, las posibilidades que brindan los cuadros de castas como fuente para el estudio

de la vida material del pasado. Por ello, sólo apuntaremos lo sugerente que resulta ver la manera cómo los búcaros de las Indias se incorporan a una versión anónima de la casta denominada “tente en el aire” y que actualmente reposa en el Museo de América de Madrid (No. de catálogo: 60). En dicha versión, un niño racialmente rotulado como “tente en el aire”, de madre “india” y de padre “cambujo”², aparece representado en su entorno doméstico. Mientras el padre, visiblemente un zapatero, está situado a la derecha del cuadro, rodeado de las herramientas y materiales propios de su taller, la madre se encuentra a la izquierda, sentada en el suelo sobre una estera. A sus espaldas, se muestran exhibidos un par de búcaros o barros de las Indias, ordenadamente dispuestos en una estantería que de algún modo recuerda los gabinetes barrocos de los que más adelante nos ocuparemos. Con todo, lo que aquí queremos subrayar es de qué manera, en una representación idealizada de un espacio doméstico mestizo colonial, artefactos como los búcaros juegan un claro papel en el efecto de demostración de algún nivel de prosperidad.

Parecen entonces existir elementos suficientes para indicar que, de uno u otro modo, tanto dentro del mundo colonial como dentro del universo cortesano de la España del Siglo de Oro, los búcaros eran artefactos preciados y que denotaban bienestar, un tema en el que seguidamente ahondaremos. Por lo pronto, si aceptamos aquí que la CRF efectivamente constituye la manifestación arqueológica de esta expresión tan particular de la cultura material del período Barroco, valdría la pena preguntarnos de qué manera podrían los fragmentos de CRF contribuir a una evaluación de los niveles de prosperidad, simbólicos o concretos, de los distintos núcleos familiares que los emplearon y desecharon en el pasado reciente. Indudablemente, aún hace falta avanzar mucho más en la sistematización

² Existen varias acepciones sobre el significado exacto del término “cambujo” ya que ni siquiera dentro del mismo sistema de castas existía un consenso en cuanto a la terminología que debía emplearse para describir las diferentes formas de mestizaje, especialmente después de la segunda generación. En cualquier caso, la palabra “cambujo” parece designar a un individuo con algún grado de mestizaje entre indígena y africano. Cabe anotar que este apunte sobre la variabilidad de las definiciones raciales existente dentro del sistema de diferenciación social colonial es igualmente válida para la categoría de “tente en el aire”, que no aparece definida en los mismos términos en todos los cuadros de castas que conocemos hoy en día.

y el análisis de datos relativos a la CRF para poder abordar este interrogante de manera satisfactoria.

¿Una cerámica global?

Determinar la procedencia de las cerámicas de la modernidad es una empresa inquietante, en especial para quienes se proponen contribuir al estudio de los intercambios comerciales en los albores de la era de la globalización. No obstante, llevarla a cabo resulta problemático, por no decir imposible, a menos de que se cuente para ello con herramientas científicas adecuadas – usualmente muy costosas –, así como con una amplia base de datos comparativos, tanto arqueológicos como gráficos y textuales. La dificultad de la tarea se entrevé aún con más claridad si se considera que, tal como lo sugiere la información arqueológica de la que disponemos en la actualidad, tanto en sitios europeos como americanos se encuentran recurrentemente artefactos aparentemente similares que no necesariamente fueron manufacturados en un mismo lugar. Lo sabemos muy bien con respecto a las mayólicas *al berettino* de los siglos dieciséis y diecisiete, por ejemplo, cuyo origen sevillano o ligur es prácticamente imposible de determinar a simple vista (Myers *et al.* 1992:138). En fin, guardadas las proporciones, el ejercicio de discriminar macroscópicamente entre unos y otros tipos de cerámicas históricas resulta tan frustrante como proponerse hoy, en plena globalización de la economía, establecer si una prenda de vestir fue confeccionada en Indonesia o en China a partir de sus atributos técnicos o estilísticos.

No hace mucho, la arqueología española comenzó a ocuparse de materiales que caben dentro de la categoría de CRF y que, según Fernández Nanclares *et al.* (1995:7) inicialmente, debido a las características de su manufactura, fueron confundidos con producciones romanas elaboradas mediante la técnica de la *terra sigillata*³. La propuesta de una posible co-

³ *Terra sigillata* es una expresión latina que significa tierra sellada. Se refiere al tratamiento de las superficies de las piezas cerámicas con una suspensión de partículas de arcilla muy finas en agua, aplicada como un engobe con el fin de cambiar el color de la pasta o de otorgarle una muy suave cubierta que pueda ser bruñida hasta alcanzar un brillo notable. Muchas tradiciones cerámicas del mundo han utilizado esta técnica (American Ceramic Association 2006).

nexión de las cerámicas rojas bruñidas del período Barroco con una larga tradición alfarera originada en el mundo greco romano ya había sido observada a principios del siglo veinte por Carolina Michaëllis de Vasconcellos (1921), dentro del marco de su estudio de la colección de búcaros de la Duquesa de Oñate⁴. En su momento, sin embargo, dicha autora concluyó que estos materiales eran de origen portugués, lo cual les valió por mucho tiempo el desinterés de la arqueología española.

Años más tarde, Baart (1992) también propuso que unas cerámicas rojas bruñidas halladas en Ámsterdam en depósitos arqueológicos correspondientes al siglo diecisiete eran de origen portugués, coincidiendo además con Michaëlis de Vasconcellos al asociarlas con el rótulo tecnológico de la *terra sigillata* romana. Dicho autor basó su afirmación en la similitud que las piezas arqueológicas excavadas en Holanda presentaban con aquellas existentes en distintos museos de Lisboa. En un principio, Baart consideró probable que este tipo de cerámica se produjera en diferentes localidades de Portugal. Sin embargo, basándose en la información contenida en textos históricos que describen un encargo de “púcaros de Estremoz” hecho por Felipe II para sus hijas en el año de 1581, Baart sugirió que aquellas cerámicas de factura más elaborada provenían de esta localidad portuguesa⁵.

Más recientemente, una serie de trabajos arqueológicos realizados en España dan cuenta del hallazgo de cerámica bucarina, coincidente, al menos en cuanto a delgadez de las paredes, tratamiento de superficie y decoración, con nuestra CRF, en diferentes localidades de la Península Ibérica: Valladolid (Moreda Blanco *et al.* 1993, Fernández Nanclares *et al.* 1995), Granada (Rodríguez Aguilera 2000), y Talavera de la Reina (Rodríguez

⁴ Dicha colección, que reposa actualmente en el Museo de América de Madrid, se incluía en un inventario de bienes que se realizó en 1685, un año después de la muerte de la Duquesa de Oñate. A juzgar por las fotografías que se han publicado de dicha colección, algunas de estas piezas parecen ajustarse a la categoría CRF (ver por ejemplo García Sáiz y Barrio Mora 1987: Figuras 5, 7 y 10).

⁵ La información referida por Baart no solamente es útil para situar geográficamente los focos de producción de cerámica bucarina en la península ibérica. Contiene además datos que nos permiten aproximarnos a los usos y la valoración social de la cerámica roja bruñida, y en especial a su posible vínculo con prácticas medicinales orientadas al género femenino, un tema que ampliaremos más adelante.

Santamaría *et al.* 1997). En esta última publicación, los autores aportan una serie de referencias históricas que parecen demostrar la producción de este tipo de alfarería en una localidad sin duda mucho más conocida por la producción de mayólicas durante los siglos dieciséis y diecisiete⁶. Una de estas referencias, anteriormente citada por Seseña (1991:40-41) en su extensivo estudio sobre el contexto histórico, social y cultural en el que surge la cerámica bucarina, consiste en un manuscrito del Padre Torrejón quien, hacia 1596, describe a la producción de búcaros en la localidad de Talavera: “Lábranse de mil diferentes formas en los alfares imitando graciosamente aves y otros animales”. Sin embargo, hemos de aclarar que, hasta donde llega nuestro conocimiento, las peculiares formas de los búcaros talaveranos a los que alude el Padre Torrejón aún no han sido reportadas en contextos arqueológicos ni identificadas en fuentes gráficas de los siglos dieciséis o diecisiete.

Por otra parte, en una fotografía publicada en el informe de excavación de la Puerta de Mérida en Badajoz (Extremadura) pueden verse, asociados a un fragmento de mayólica talaverana del siglo diecisiete, varios pequeños tiestos de cerámica que parecen caber en la categoría CRF (Girón Abumalhan 2004:84-85). Aunque, lamentablemente, ningún comentario acompaña esta fotografía, este dato reviste un interés particular, dada la proximidad geográfica de Badajoz y Estremoz, uno de los posibles focos de manufactura de búcaros a los que nos referíamos anteriormente. Pero por sobre todo, esta información sugiere que, a medida que aumente el interés por la arqueología de la modernidad, se irán ampliando las referencias concretas sobre la producción, distribución y significado del material cerámico del que trata este artículo.

Volviendo a la colección de búcaros de la Duquesa de Oñate, García Sáiz y Albert de León (1991) señalan que, en el inventario de estas piezas

⁶ Basándose en un artículo de Alfonso Pleguezuelo publicado en el catálogo de la exhibición Talaveras en la colección Carranza, realizada por el ayuntamiento de Talavera de la Reina en 1994, Rodríguez Santamaría *et al.* citan una declaración de Pedro de Medina quien, refiriéndose a la dicha población en el siglo dieciséis, indica: “No solamente se labra en este pueblo el vidriado sino también otras muchas diferencias de búcaros y barros colorados lindísimos y curiosísimos, labrados con todo el artificio del mundo que también son muy estimados en muchas partes donde se llevan y gastan” (1997:22 y 23).

realizado en 1685, unos individuos figuran sin ninguna procedencia definida, asignándoseles a otros orígenes italianos (Génova), portugueses (Estremoz y Lisboa), españoles (Talavera y Placencia), mexicanos (Guadalajara), panameños (Seseña 1991) o chilenos, siendo los más numerosos aquellos clasificados como provenientes de Portugal. Además, la misma autora indica que, a su ingreso al Museo Arqueológico Nacional a fines del siglo diecinueve, parte de los ejemplares fueron registrados con el rótulo de “recipientes mejicanos, de barro bucarino y color rojo” (García Sáiz y Albert de León 1991:45). En cuanto a esto, Ruiz Gil (1998:341-2) menciona la existencia de unas etiquetas previas, elaboradas en el siglo dieciocho, que describen parte de la colección de vasijas como siendo de “barro bucarino de Guadalajara de Indias”. Según este último autor, esto sugiere que algunas de las piezas de la Duquesa de Oñate podrían corresponder a imitaciones mexicanas de las cerámicas de Estremoz. Por lo tanto, si partimos de la premisa de que las distintas catalogaciones que se hicieron de esta colección a lo largo del tiempo contienen por lo menos parte de verdad, la evidencia nos lleva a concluir que los búcaros podrían ser originarios de numerosos centros manufactureros distintos.

Esta postura sin duda concuerda con la más citada de las fuentes escritas relacionadas con los búcaros, y que ha servido de referencia a un conjunto de publicaciones que aluden a este grupo de cerámicas (ver Coddington 2007, García Sáiz y Barrio Moya 1987:103, entre otras): las cartas de Lorenzo Magalotti⁷ (1637-1712) (Foggi y Perujo 1972). Son precisamente las cartas de Magalotti las que motivan la hipótesis del origen americano de estos materiales, puestos en boga durante el siglo diecisiete⁸. En ellas se encuentran alusiones a tres grupos de búcaros, distinguiéndose los de Guadalajara de las Indias (Tonalá) por ser los más aromáticos y los de

⁷ Intelectual, viajero y diplomático nacido en Roma, pero de familia florentina (1637-1712), autor -entre otras muchas obras-, de un libro en epístolas denominado *Lettere sopra la terre odorose d'Europa e d'America dette volgarmente bucheri*, escrito en 1695. De estas cartas, Foggi y Perujo (1972) tradujeron y comentaron las referidas a los búcaros americanos (cartas VI, VII y VIII).

⁸ Es probable que el énfasis que pone Magalotti en su procedencia americana no fuera ajeno a una intención de reforzar el carácter exótico de los búcaros que, como veremos más adelante, se convirtieron en objetos muy apetecidos por los coleccionistas del período barroco.

Chile por ser los más exquisitos en formas y brillantez del color rojo⁹. Los búcaros negros de Natá¹⁰, por su parte, se exportaban a distintas partes de las Indias y de España, y eran considerados los más preciosos entre todos (Coddington 2007:101). Si bien Pleguezuelo (2000) ubica el pueblo de Natá en la actual Honduras, opinamos que la cita de Magalotti se refiere específicamente a la región de la antigua alcaldía mayor de Natá, en la región central de Panamá, en donde existe una larga historia de desarrollo alfarero que se extiende desde el período prehispánico hasta nuestros días. De hecho, existen documentos de finales del siglo dieciocho que mencionan que de la Alcaldía Mayor de Natá “son las tinajas, y famosos barros, y bucaros de su nombre” (Francisco Silvestre [1789] en Jaén Suárez 1985:140), mientras que, para el siglo diecinueve, se tiene la siguiente referencia:

“En el pueblo de Natá se fabrican búcaros o cántaros para guardar el agua y otros objetos de barro hermoso, fragante i encarnado nada inferior al de Andújar. Hace bastante comercio con este artículo; el cual es muy solicitado en las costas del mar del Sur” (Felipe Pérez [1862] en Jaén Suárez 1985:222).

Aún cuando resulta posible que este comentario tan tardío se haya basado en fuentes preexistentes y que, por lo tanto, resulte anacrónico en el momento de evaluar la producción de CRF en Natá hacia finales del siglo diecinueve, no sobra aquí traer a colación la evidencia arqueológica recuperada en depósitos de dicho período en el Casco Antiguo de la ciudad de Panamá, la cual contribuiría a darle crédito a esta última información.

Llegado este punto, resulta claro que los datos históricos y arqueológicos disponibles apuntan a que la producción de CRF pudo haberse lleva-

⁹ Según constatamos personalmente, los fragmentos de CRF provenientes de Chile son extraordinariamente delgados, hecho que recuerda lo mencionado por Magalotti sobre el preciosismo de la manufactura chilena.

¹⁰ De los búcaros negros de Natá de los que habla Magalotti no se dispone de evidencia arqueológica hasta la fecha.

do a cabo en múltiples centros manufactureros, tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo. Lo anterior nos lleva entonces a reiterar la observación que inicialmente hacíamos con respecto al interés antropológico de este trabajo, el cual recae no tanto en la posibilidad de establecer la procedencia de un material cosmopolita por naturaleza, sino en la necesidad de interpretar la importancia que éste tuvo en el contexto de la cultura material de una edad moderna en plena expansión. ¿Cómo, entonces, incorporar la manufactura y consumo de los búcaros de México, de Chile o de Natá, dentro de un orden de pensamiento occidental, guiado por primera vez por las lógicas culturales de la modernidad temprana?

Barros de mostrar, barros de comer

Entre finales del siglo dieciséis y principios del diecisiete, la sociedad occidental entra en un proceso de transformación sustancial de los términos en los que se relaciona con su entorno (Maravall 1986). El período barroco, definido no solamente como una exuberante manifestación de recursos estéticos sino como un posicionamiento ético particular frente a un mundo profundamente sacudido por los grandes viajes de descubrimiento, permite por primera vez el desarrollo del concepto de modernidad en Occidente, dándole cabida a una valoración del cambio y de lo nuevo por encima de los ideales antiguos tan preciados en la era del Renacimiento (Spadaccini y Martín-Estudillo 2004). Dentro de este ambiente, en un maravilloso despliegue de lo que Foucault definió en su momento como el epistema renacentista (Foucault 1966; Hooper-Greenhill 1992), se forman los primeros ejemplos de colecciones modernas –los famosos gabinetes de curiosidades o *Wunderkammers* en los que las sociedades cortesanas plasmaron su compleja concepción del universo (Impey y MacGregor 1985; Olmi 1985; Moser 2006; Bleichmar 2008).

Aun cuando el afán por acumular objetos a los cuales se les asigna un valor material, simbólico o emocional particular es un comportamiento cuyos orígenes son sin duda tan antiguos como la misma humanidad (Muensterberger 1994), es claro que los *Wunderkammers* son elementos esenciales para entender la trayectoria histórica del coleccionismo moderno y para comprender el significado que la adquisición sistemática de ciertos objetos, como los búcaros de las Indias, pudo tener en las socieda-

des del pasado reciente. Los gabinetes barrocos constituyen en realidad modelos a escala de un mundo natural y social en el que el individuo tiene la posibilidad de asumir una posición privilegiada sobre un microcosmos que controla y a través del cual se conecta con lo divino (MacGregor 2007). Aquí, representaciones de lo natural y lo artificial conviven armónicamente, guiadas por empatías que les son intrínsecas a cada ser, ente u objeto (Cook 2008; Hooper-Greenhill 1992).

Las colecciones del siglo diecisiete son, como toda manifestación del Barroco, un fenómeno eminentemente urbano, público en teoría y excluyente en la práctica (Aercke 1994). En ellas, los infaltables vestigios del pasado –armas o monedas de sociedades antiguas– representan más que simples modelos de civilización: son considerados testimonios de lo maravilloso y diverso de la obra de Dios (Cook 2008). El gusto por las antigüedades, inicialmente orientado hacia los textos e inscripciones presentes tanto en monumentos como en piezas numismáticas, verificó en este período un vuelco hacia otros aspectos de la cultura material (Burke 2003:273; Barasch 1999:250): los gabinetes barrocos enfocan su interés hacia lo insólito y lo exótico, aquellas desviaciones de las normas naturales y culturales que desafían los límites de lo posible sin por ello poner en entredicho el orden supremo de la Creación. Por ello, las primeras colecciones de la época moderna se inscriben dentro de una suerte de carrera por el exotismo en cuyo contexto los objetos de apariencia o procedencia extraña, como sin duda eran los barros de las Indias, se convierten en instrumentos ideales para tejer, consolidar y comunicar relaciones de poder íntimamente ligadas al proyecto colonial europeo (Impey y MacGregor 1985; Moser 2006; MacGregor 2007). No resulta pues sorprendente que algunas de las primeras colecciones de curiosidades que se conocieran en Europa se hubiesen formado en círculos aristocráticos con un acceso privilegiado a las novedades y rarezas provenientes del Nuevo Mundo. Es el caso, por ejemplo de la famosa colección de doña Margarita de Austria, tía del emperador Carlos V y su regente en los Países Bajos españoles, que incluía un buen número de especímenes que hoy en día se denominarían etnográficos (MacDonald 2002).

Ahora bien, el arquetipo del gabinete barroco de curiosidades también se observa claramente en las colecciones creadas por burgueses ilustra-

dos de los siglos dieciséis y diecisiete, entre los cuales la práctica del coleccionismo se perfila como un instrumento de ascenso social especialmente eficaz. A través del esplendor y de la diversidad de sus curiosidades, el coleccionista puede atraerse el respeto, el reconocimiento y la admiración de las elites cortesanas, quienes a su vez participan en la expansión de estos gabinetes enriqueciéndolos con donaciones diplomáticas e intercambios de regalos (Rey-Bueno y López Pérez 2008).

España, pese al rol preponderante que cumplió en el desarrollo de la empresa colonial europea en los siglos dieciséis y diecisiete, nunca constituyó un foco importante del coleccionismo burgués en la edad barroca, como sí lo fueron Italia, Alemania, y Holanda, entre otras regiones del Viejo Continente (Lightbrown 1985). Mientras que algunos aristócratas españoles del Siglo de Oro, comenzando por el rey Felipe II y sus sucesores de la casa de Austria, conformaron algunas de las más espléndidas colecciones pictóricas de su tiempo, tal vez el único coleccionista ibérico que le imprimió un carácter realmente universalista a su proyecto de acumulación ilustrada fue don Juan Vicencio de Lastanosa (Rey-Bueno y López Pérez 2008). Desde el relativo aislamiento de su residencia en Huesca, Lastanosa llegó a juntar una de las más grandes colecciones barrocas de las que se tenga noticia. No existe, sin embargo, evidencia alguna en los varios inventarios que subsisten de su colección, de que Lastanosa hubiese incluido algún valioso búcaro de las Indias entre sus tesoros y rarezas. Lo anterior sin duda contrasta con el contenido de los listados y avalúos de los bienes de diversos personajes acaudalados de la corte española, más o menos contemporáneos de Lastanosa, como la ya mencionada Duquesa de Oñate, el valido don Fernando de Valenzuela o el banquero genovés don Domingo Grillo, entre muchos otros. Si bien estos últimos individuos no pueden considerarse como verdaderos coleccionistas barrocos, en la medida en que carecían de un programa estructurado de acumulación de objetos que se reflejara en un sistema específico de clasificación y exhibición de los mismos, claramente no dejan de participar de una modalidad más espontánea de colección material que de alguna manera debía hacerle eco tanto a su condición social como a las líneas directrices de su proyecto de vida. Dentro de los términos específicos del coleccionismo barroco, cabe preguntarnos si el interés por los barros de las Indias se ins-

cribía en un contexto más casual y mundano que aquel que expresaban coleccionistas como Lastanosa por otras curiosidades no menos exóticas y valiosas, como conchas marinas y medallas romanas. Este fenómeno podría, de hecho, estar relacionado con el ámbito mismo en el que estas cerámicas tan peculiares se incorporaban al espacio doméstico, un ámbito ligado a lo fugaz y a lo efímero, más que a lo histórico y lo perenne.

Dadas estas condiciones, no resulta sorprendente que, en 1668, en el testimonio del embargo que el Real Consejo de las Indias mandó hacer de los bienes que Domingo Grillo¹¹, a cuyo cargo estaba el asiento de negros bozales que debía suplir las colonias españolas de mano de obra esclava, unos barros de Chile aparecen guardados en las gavetas de un escritorio ricamente decorado, en el que también se han almacenado una profusión de pastillas de chocolate y dulces. Sin duda, la ubicación de estos artefactos dentro del espacio doméstico de Domingo Grillo recuerda que, entre quienes frecuentaban la corte de los Austria en Madrid, los búcaros no solamente eran deseables a la hora de beber sino que, tal vez, efectivamente constituían apetecidas golosinas que las mujeres de elite consideraban buenas para comer.

Permítasenos hacer aquí un breve, pero necesario paréntesis para referirnos más detalladamente a la singular práctica de la bucarofagia, es decir, al consumo deliberado de fragmentos de barro bucarino (Gargantilla y Martín 2007), una modalidad de la geofagia o consumo de arcillas cuya mención es recurrente en la literatura del Siglo de Oro español. En general, la geofagia es un comportamiento ampliamente documentado entre los seres humanos y otros animales, aunque persiste como un fenómeno poco conocido entre el público general¹². En el mundo occidental, la geofagia tiende a ser considerada aberrante y patológica, aunque la antropología ha sostenido desde hace mucho tiempo que constituye una

¹¹ Archivo General de Indias. Indiferente 2833. Noveno cuadernillo. Folios 3v-30r Autos contra la persona y bienes de Domingo Grillo.

¹² Viguria Padilla y Miján de la Torre (2006) presentan información detallada sobre la geofagia, definida como el consumo habitual de sustancias no nutritivas, denominado usualmente “pica”. Este trabajo incluye consideraciones epidemiológicas y etiopatogénicas, así como descripciones de complicaciones y tratamientos relacionados con la dicha práctica.

variante del comportamiento alimentario común en diversos contextos culturales, muy probablemente resultante de un largo proceso adaptativo en el transcurso del cual se hicieron evidentes algunos de sus beneficios curativos¹³. Por ello, en el campo de la biomédica, la geofagia no se considera hoy como un trastorno por definición, aunque usualmente suele producir enfermedades en quienes la practican.

Desde la perspectiva de los saberes médicos del siglo diecisiete, la bucarofagia se consideraba un método eficaz mediante el cual las mujeres de cierto nivel social podían lograr la palidez exigida por los cánones estéticos de la época. En efecto, se pensaba que el consumo de barro acarrearía la obstrucción u opilación de los conductos internos, un padecimiento que sin duda contribuía a imprimirle a las damas cortesanas un aspecto lánguido y enfermizo. Aunque, en principio, la opilación era un efecto adverso de una usanza que sólo buscaba generar palidez, hay quienes afirman que la práctica de la bucarofagia también pretendía lograr dicha opilación, cumpliendo así con un propósito anticonceptivo (Seseña 1991:46)¹⁴.

La literatura del Siglo de Oro español es rica en referencias a la bucarofagia, incluyendo reflexiones satíricas y críticas acerca de esta práctica que han sido recogidas en un buen número de investigaciones desde que, hacia finales del siglo diecinueve, un estudio pionero de Alfred Morel-Fatio llamara la atención de la academia sobre esta insólita costumbre (Morel

¹³ Desde el punto de vista médico o terapéutico, se han expuesto algunos posibles beneficios de la geofagia: 1) contrarrestaría afecciones gastrointestinales, 2) contribuiría a controlar la absorción de toxinas provenientes de alimentos vegetales en el tracto intestinal, 3) supliría deficiencias alimentarias, específicamente de minerales como el calcio (Aufreiter *et al.* 1997). Por su parte, Wiley y Katz (1998) llevaron a cabo un estudio en poblaciones del continente africano, hallando que la geofagia se asocia con poblaciones cuyas dietas no incluyen productos lácteos y que se registra más frecuentemente en mujeres en estado de embarazo. Por lo tanto, estos autores concluyen que esta práctica constituye una estrategia de adaptación tendiente a suplir la demanda de calcio del organismo. Por otro lado, la geofagia también ha sido identificada como responsable de ciertas patologías, tales como la anemia ferropénica.

¹⁴ Efectivamente, la opilación solía conducir a la amenorrea, hasta el punto de que la una se considerara sinónimo de la otra. Comer barro, por lo tanto, también constituía una manera de evitar o de enmascarar un embarazo indeseado (Arellano Ayuso 1990:192).

Fatio 1896; Frothingham 1944). Desde entonces, han sido citados una y otra vez versos como los de Lope de Vega, quien se refiere directamente al tema de la bucarofagia en una de sus comedias titulada *El acero de Madrid*, de cuyas líneas procede este sugestivo estribillo (Lope de Vega 2000):

“Niña del color quebrado,
o tienes amor, o comes barro.”¹⁵

Inclusive en el manuscrito del Padre Torrejón, que anteriormente mencionábamos en relación con la producción de búcaros en Talavera de la Reina, se indica que la fragancia de dicha cerámica era tan agradable al gusto que las damas “beben el agua y comen el barro” (Seseña 1991:41). En otra célebre crónica de la vida en Madrid bajo la dinastía de los Austria, la cortesana francesa Madame d’Aulnoy también se sorprende de la afición de sus congéneres españolas por comer lo que ella misma identifica como trozos de *terra sigillata*. Según d’Aulnoy, el gusto de estas mujeres por los búcaros era tal que sus confesores no les imponían otra penitencia que la de estar un solo día sin comer esa golosina “tan estimada y poco estimable” (d’Aulnoy 1874:288). De hecho, otros textos del siglo diecisiete refieren que el consumo de búcaros llegó a ser tan compulsivo entre las mujeres de la elites española que la Iglesia lo prohibió por su carácter pecaminoso (Seseña 1991; Barbeito Carneiro 1987).

Cerremos aquí el tema de la bucarofagia, no sin antes preguntarnos qué tan sensato resulta invocar su nombre al examinar el universo material en el que transcurría la vida diaria de un hombre como Domingo Grillo. En realidad, Grillo era soltero y, al parecer, ninguna mujer de alta alcurnia residía en su mansión. Sin embargo, recordemos que así fuere en el contexto de unos gabinetes atiborrados de golosinas, los búcaros americanos simplemente hubieran podido cumplir con su función primaria, la de enfriar y aromatizar el agua. Aún así, en el ámbito doméstico de

¹⁵ Esta comedia está construida en torno al tema de la “falsa opilada” muy popular en tiempos de Lope de Vega. En ella, Belisa, la protagonista, finge sufrir de opilación. Para contrarrestar su padecimiento, se le recomienda dar paseos y tomar agua ferruginosa (esto es, el acero), circunstancias que ella aprovecha para encontrarse con su enamorado Lisardo.

un rico y poderoso banquero genovés allegado a la corte de Madrid, los barros de las Indias se insertan perfectamente dentro de un conjunto –o acaso colección– de objetos exóticos y de alto estatus que, como las tapicerías flamencas, las pinturas de reyes y reinas de Europa, los preciados polvos de Oaxaca, las ciruelas de Génova o incluso los guantes de Roma, delatan tanto los orígenes extranjeros de su dueño como la trascendencia política y mercantil de sus tratos con las Indias y el mundo moderno.

En tanto que el embargo hecho a don Domingo Grillo ofrece algunas pistas sobre la manera en el que los búcaros se fundían dentro del universo material de las más altas esferas cortesanas de España, otros inventarios del siglo diecisiete contienen elementos que resultan valiosos para determinar la manera en que los barros de las Indias se incorporaron a las dinámicas de consumo y acumulación material propias de la modernidad. Por ejemplo, según el listado pormenorizado de los bienes confiscados a don Fernando de Valenzuela¹⁶, poderosísimo valido de doña Mariana de Austria quien terminaría depuesto y desterrado a las Filipinas tras una serie de intrigas de corte en el año de 1677, las colecciones de búcaros que algunos potentados peninsulares llegaban a atesorar podían ser de muy grandes proporciones. Así, Valenzuela contaba con por lo menos sesenta y cuatro barros de Guadalajara de las Indias, Chile, y Natá, cuyo valor oscilaba entre los veinticuatro y los cuatrocientos reales de plata de acuerdo con su tamaño y tipo de decoración. Precisamente, tanto los documentos de archivo aquí señalados como algunos de los pocos ejemplares de búcaros que aún subsisten en museos europeos sugieren que estas piezas de barro solían guarnecerse con boteles, asas o pies de plata labrada, lo cual evidentemente aumentaba el valor estético y comercial de las vasijas indianas coleccionadas y consumidas en el Viejo Continente. Esta suerte de embellecimiento y montaje artificioso de objetos y curiosidades coleccionables, y en especial de aquellos que se percibían como pertenecientes o cercanas al mundo de lo natural, es un aspecto que se observa repetidamente en la cultura material del Barroco. Por ejemplo, es bien conocido el

¹⁶ Ver: Colección de documentos inéditos para la historia de España. Vol. LXVII. Marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón (eds). 1877. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta. Pp 135-292.

gusto que la aristocracia europea de los siglos dieciséis y diecisiete tenían por las joyas y copas hechas de conchas marinas engastadas de gemas y metales preciosos. De igual manera, para el mismo período, muchos inventarios testamentarios mencionan la presencia recurrente de cocos de las Indias labrados e incrustados de plata en menajes domésticos tanto coloniales como peninsulares. Sin duda alguna, los búcaros indios, cuyo aroma y sabor a tierras exóticas hacía tan apetecible en los reinos de España, se fundían particularmente bien dentro de esta tendencia estética que, de alguna manera, se valía del poder civilizador del oro y de la plata para domesticar y colonizar objetos silvestres o culturalmente extraños¹⁷. Transformados en epítomes del dominio europeo sobre el mundo moderno, estos búcaros viajantes en los que la cerámica convergía con la orfebrería, sin duda contrastaban, tanto en su apariencia como en su valor simbólico y comercial, con aquellos barro que, en su estado más prístino, circulaban de manera más democrática dentro de los límites geográficos de la América hispana. Sin embargo, es precisamente la tradición de estos últimos objetos, producidos y consumidos en el Nuevo Mundo, la que, tal como lo sugieren los datos arqueológicos e históricos que aquí hemos presentado, se mantuvo vigente a nivel local, incluso siglos después de que se hubiese extinguido la pretenciosa fiebre de los búcaros en Europa.

Comentarios finales

En este artículo, hemos partido de la realidad material de la evidencia arqueológica para proponer varias formas de acercarnos a la historia social de los búcaros americanos, un tipo de artefacto único tanto en sus características formales como en la trayectoria cultural que lo llevó de la celebridad cosmopolita al olvido. Exóticos e inigualables en las múltiples maneras que tenían de incidir en las sensibilidades propias del período Barroco, los barro de las Indias eran también particularmente susceptibles al embate de las modas cortesanas. Los búcaros fueron, por consiguiente, objetos de deseo, frágiles en cuerpo y alma que, salvo contadas

¹⁷ Las porcelanas chinas solían colocarse en soportes de plata, con asas. Dos ejemplares cronológicamente situados a finales del siglo dieciséis se ilustran en Rosenfeld Pomper (2008:8).

excepciones, sólo trascendieron hasta nuestros días en forma de fragmentos culturales, bien sea materiales, pictóricos o textuales.

Es por ello que el recuerdo de los búcaros y de su complejo significado social recae casi naturalmente en el campo de lo arqueológico. En nuestro caso, ha sido precisamente el contacto cercano con materiales cerámicos provenientes de contextos arqueológicos post conquista, y particularmente con aquellos excavados tanto en la antigua como en la nueva ciudad de Panamá, el que ha impulsado nuestro intento, sin duda pretencioso, por trazar los lineamientos necesarios para desarrollar el estudio global de unos artefactos tan propios de la modernidad temprana como lo fueron los búcaros. Evidentemente, el hecho de que nuestra investigación haya partido de la caracterización arqueológica de la que definimos como Cerámica Roja Fina (CRF) condiciona la lectura que aquí proponemos de las fuentes de información alternas que hoy en día existen sobre el origen y consumo cultural de la cerámica bucarina. Por ejemplo, desde el punto de vista arqueológico podemos ser sensibles a detalles aparentemente banales perceptibles en la materialidad misma del objeto, como impresiones sensoriales que, sumadas a los datos provenientes de otro tipo de registro cultural, como la pintura y la literatura, pueden dar la clave para comprender la manera en que las sociedades del pasado se relacionaban con su universo material. El ser conscientes de estos detalles, por lo demás, es lo que igualmente debe incitarnos a refinar y complejizar las estrategias y categorías de las que disponemos para identificarlos arqueológicamente, sin que por ella esta tarea de caracterización material deba convertirse en el fin último de nuestras investigaciones sobre el pasado reciente. Tal como lo hemos sugerido a lo largo de este ensayo, las sociedades del Siglo de Oro español, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, ciertamente eran sensibles a los diferentes rangos de valor que los distintos tipos de búcaros indios que consumían y ostentaban adquirían y acumulaban en el transcurso de su vida como objetos. Desentrañar estos intrincados códigos de valoración a partir del análisis comparativo de fragmentos de CRF procedentes de Chile, México o Panamá, por ejemplo, es una de las muchas tareas que nos quedan pendientes al culminar este trabajo, cuyo propósito no ha sido el de describir y definir un tipo cerámico en el sentido puramente arqueológico del término, sino el de documentar un aspec-

to único de la materialidad del pasado que, en su momento, representó la convergencia de tradiciones culturales amplias y diversas dentro del marco de una realidad política y social particularmente agitada que presenció la formación y consolidación del mundo moderno.

Agradecimientos

A Gustavo Curiel del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Autónoma de México por su colaboración entusiasta en el proceso de recolección de referencias bibliográficas. A Natalia Donner por facilitarnos, a la distancia, el acceso a diferentes acervos bibliográficos de México DF.

La paciencia y la habilidad de Takato Maekawa (voluntario de la Agencia de Cooperación Japonesa en el Proyecto Arqueológico Panamá Viejo), hicieron posible la reintegración de las piezas arqueológicas que ilustran este artículo.

Referencias bibliográficas

- Aercke, Kristiaan
1994 *Gods of play: Baroque Festive Performances as Rhetorical Discourse*. State University of New York Press, Albany.
- American Ceramic Society
2006 *Ceramics Monthly*. Vol. 54(Junio-Julio), No. 6:16.
- Arellano Ayuzo, Ignacio
1990 El léxico de los afeites del siglo de oro y las dificultades del contexto (a propósito del Léxico de cosméticos de J. Terrón, con breves observaciones quevedianas). *RILCE, Revista de Filología Hispánica VII* (2), Universidad de Navarra.
- d'Aulnoy, Marie-Catherine, Madame
1874 *La Cour et la Ville de Madrid vers la Fin du XVIIème Siècle*. Plon et cie, París.
- Aufeiter, S., R.G.U. Hancock, W.C. Mahany, A. Stambolic-Robb y K. Sanmugadas
1997 Geochemistry and mineralogy of soils eaten by humans. *International Journal of Food Sciences and Nutrition* 48 (4):293-305.
- Azara, Félix de
1904 Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes. *Anales del Museo Nacional* (Sección histórico-filosófica), Tomo I, Montevideo.
- Baart, Jan M.
1992 Terra sigillata from Estremoz, Portugal. En David Gaimster y Mark Redknap (editores) *Everyday and exotic pottery from Europe ca.1650-1900. Studies in honour of John G. Hurst*. Oxbow Books, Gran Bretaña, pp. 273-278.
- Baker, Henry
1968 Actuales excavaciones en Panamá La Vieja. *Actas del Primer Symposium Nacional de Arqueología y Etnohistoria de Panamá*. Centro de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Panamá.
- Barasch, Moshe
1999 *Teorías del Arte de Platón a Winchelman*. Alianza Editorial, Madrid.
- Barbeito Carneiro, María Isabel
1987 Una madrileña polifacética en Santa Clara de Lerma: Estefanía de la Encarnación. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 24:151-163.
- Bleichmar, Daniela
2008 Looking at exotica in Baroque collections: the object, the viewer, and the collection as space. En *The Gentleman, the Virtuoso, the Inquirer: Vincencio Juan de Lastanosa and the Art of Collecting in Early Modern Spain*, editado por M. Rey-Bueno y M. López-Pérez. Cambridge Scholars Publishing, Newcastle.
- Burke, Peter
2003 Images as evidence in seventeenth century Europe. *Journal of the*

History of Ideas 64(2):273-296.

Buys, Jozef

1997 Monumentos y fragmentos: Arqueología histórica en el Ecuador. En *Approaches to the Historical Archaeology of México, Central and South America*. Editado por Janine Gasco, Greg Charles Smith y Patricia Fournier-García. Monograph 38. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, pp. 111-119.

Charlton, Thomas y Roberta Katz

1979 Tonalá Bruñida Ware, past and present. *Archaeology* 32,1:45-53

Codding, Mitchell A.

2007 Las artes decorativas en América Latina, 1492-1820. En *Revelaciones. Las artes en América Latina, 1492-1820*, compilado por Joseph J. Rishel con la colaboración de Suzanne Startton-Pruitt, pp. 98-113. Fondo de Cultura Económica, Antiguo Colegio de San Ildefonso, en colaboración con Philadelphia Museum of Art y Los Angeles County Museum of Art.

Cook, Harold J.

2008 Lastanosa as an example of his time: natural history and medicine. En *The Gentleman, the Virtuoso, the Inquirer: Vincencio Juan de Lastanosa and the Art of Collecting in Early Modern Spain*, editado por M. Rey-Bueno and M. López-Pérez. Cambridge Scholars Publishing, Newcastle.

Covarrubias Orozco, Sebastián de

1995 [1611] *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Madrid: Editorial Castalia.

Cruxent, José María

1979 Elementos decorativos de la mayólica colonial panameña. Reconstrucción tentativa (Siglos XVI-XVIII). Memoria del curso de restauración de bienes muebles especializado en ceramología histórica. OEA/INAC, Panamá.

Deans-Smith, Susan

2005 Creating the colonial subject: Casta paintings, collectors, and critics in Eighteenth century Mexico and Spain. *Colonial Latin American Review* 14 (2):169-204.

Deagan, Kathleen

1987 *Artifacts of the Spanish colonies of Florida and the Caribbean (1500-1800)*, Vol. 1. Smithsonian Institution Press, Washington-Londres.

Duarte, Carlos F. y María Luisa Fernández

1980 *La Cerámica durante el Periodo colonial venezolano*. Armitano Editores, Caracas.

Esteras Martín, Cristina

2004 Sobre bernegales mexicanos del siglo XVII. En *Estudios de Platería: San Eloy 2004*. Universidad de Murcia, Murcia.

Fairbanks, Charles H.

1966 A feldspar-inlaid ceramic type from Spanish Colonial sites. *American Antiquity* 31 (3):430-32.

Ferguson, Leland

1980 Looking for the 'Afro' in Colono-Indian Pottery. En *Archaeological Perspectives on Ethnicity in America: Afro-American and Asian American Culture History*, editado por R. L. Schuyler. Baywood Publishers, Farmingdale.

1992 *Uncommon Ground: Archaeology and Early African America, 1650-1800*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

2000 Introduction. *Historical Archaeology: Creolization* 34 (3):5-9.

Fernández Nanclares, Alejandro, Miguel Ángel Martín Montes y Javier Moreda Blanco

1995 *Arqueología de San Benito (Valladolid). La cerámica bucarina de tipo "orfebre": origen tipología y dispersión*. Fundación Municipal de Cultura, Excmo. Ayuntamiento de Valladolid.

Foucault, Michel

1966 *Les Mots et les Choses: Une Archéologie des Sciences humaines*. Gallimard, París.

Frothingham, Alice Wilson

1944 Talavera Pottery, with a Catalogue of the Collection of the Hispanic Society of America. The Hispanic Society of America, New York.

Gaitán, Felipe

2011 (en prensa) Besieged Genoese: An Archaeology of the Slave Trade in 17th-century Panama. *Historical Archaeology Special Volume – Latin American Archaeology*. J. Martin and M.X. Senatore. Editado por.

Gaitán, Felipe y Jimena Lobo Guerrero

2006 Cuentos de la basura: Arqueología de lo sucio y de lo limpio en la Bogotá republicana. Informe sin publicar. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales; Banco de la República.

García Sáiz, María Concepción

1996 The artistic development of casta painting. En *New World Orders: Casta Painting and Colonial Latin America*, editado por I. Katzew and J. A. Farmer. Americas Society Art Gallery, New York

García Sáiz, María Concepción y María Ángeles Albert de León

1991 Exotismo y belleza de una cerámica. Colección "Artes de México". *Cerámica de Tonalá*. Número 14:35-49.

García Sáiz, María Concepción y José Luis Barrio Moya

1987 Presencia de cerámica colonial mexicana en España. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 58: 103-110. Universidad Nacional Autónoma de México.

Gargantilla, Pedro y Berta María Martín Cabrejas

2007 Bucarofagia y pubertad precoz. *Acta Ginecológica: Revista de Ginecología, Obstetricia y Reproducción humana* 64 (2):59-60.

Girón Abumalham, Montserrat

2004 Intervenciones en el Museo de la Catedral de Badajoz, Puerta de Mérida y convento de San Agustín. En: Actas de las Jornadas sobre Arqueología de la ciudad de Badajoz (19 y 20 de noviembre de 2004). Museo

- Arqueológico provincial de Badajoz. Extremadura, España, pp.71-104.
- Goggin, John
1968 Spanish majolica in the New World. Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries. *Yale University Publications in Anthropology* 72. New Haven. Departamento de Antropología. Universidad de Yale.
- Hooper-Greenhill, Eilean
1992 *Museums and the Shaping of Knowledge*. Routledge, Londres y Nueva York.
- Impey, Oliver y Arthur MacGregor (editores)
1985 *The Origins of Museums: the Cabinet of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*. Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- Jaén Suárez, Omar
1985 *Geografía de Panamá: Estudio introductorio y Antología*. Tomo 1, Colección Biblioteca de la Cultura Panameña. Universidad de Panamá.
- Katzew, Ilona
2004 *Casta Painting: Images of Race in Eighteenth-Century Mexico*. Yale University Press, New Haven y Londres.
- Katzew, Ilona y Susan Dean-Smith (editores)
2009 *Race and Classification: the Case of Mexican America*. Stanford University Press.
- Lees, William B. y Kathryn M. Kimery-Lees
1979 The function of Colono-Indian ceramics: Insights from Limerick Plantation, South Carolina. *Historical Archaeology* 13:1-13.
- Lightbown, Ronald
1985 Some notes on Spanish Baroque collectors. En *The Origins of Museums : the Cabinet of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*, editado por O. Impey y A. MacGregor. Oxford University Press, Oxford y Nueva York.
- Linero Baroni, Mirta
2001 Cerámica criolla: muestra excavada en el pozo de las casas de Terrin. *Arqueología de Panamá la Vieja - Avances de investigación*. Época colonial 1:149-163.
- Lister, Florence y Robert Lister
1974 Maiolica in Colonial Spanish America. *Historical Archaeology* 8:17-52.
1987 *Andalusian Ceramics in Spain and New Spain. A Cultural Register from the Third Century B.C. to 1700*. The University of Arizona Press, Tucson.
- Long, George A.
1967 Archaeological investigations at Panamá La Vieja. Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Universidad de Florida, Gainesville.
- Lope de Vega
2000 *El Acero de Madrid*. Editado por Stefano Arata, Colección Clásicos, Castalia, España.

- Loren, Diana DiPaolo
2007 Corporeal concerns: Eighteenth-Century casta paintings and Colonial bodies in Spanish Texas. *Historical Archaeology* 41 (1):23-36.
- Loren, Diana DiPaolo y Uzi Baram
2007 Between art and artifact: Approaches to visual representations in Historical Archaeology. *Historical Archaeology* 41 (1):1-5
- MacDonald, Deanna
2002 Collecting a New World: The ethnographic collections of Margaret of Austria. *The Sixteenth Century Journal* 33 (3):649-663.
- MacGregor, Arthur
2007 *Curiosity and Enlightenment : Collectors and Collections from the Sixteenth to the Nineteenth Centuries*. Yale University Press, New Haven y Londres.
- Maravall, José Antonio
1986 *Culture of the Baroque. Analysis of a Historical Structure*. University of Minnesota Press.
- Mauer, D, M. Hodges, S. Potter, S. Henry Renaud, I. Noël Hume, D. Pogue, M. McCartney y T. Davidson.
1999 Colonoware pottery, Chesapeake pipes and 'uncritical assumptions'. En *I, Too, Am America: Archaeological Studies of African American Life*, editado por T. A. Singleton. University Press of Virginia, Charlottesville y Londres.
- Michaëlis de Vasconcellos, Carolina
1921 *Algumas Palabras a Respeito de Púcaros de Portugal*. Imprensa da Universidade, Coimbra, Portugal.
- Moreda Blanco, Javier, Miguel Ángel Martín Montes y Alejandro Fernández Nanclares
1993 Un tipo cerámico original: La cerámica bucarina de "tipo orfebre" del yacimiento de San Benito del Real, Valladolid. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 59:229-257.
- Morel-Fatio, Alfred
1896 Comer barro. En *Mélanges de Philologie Romane dédiés a Carl Wahlen à l'occasion du cinquantième Anniversaire de sa Naissance*. Mâcon.
- Moser, Stephanie
2006 *Wondrous Curiosities: Ancient Egypt at the British Museum*. University of Chicago Press.
- Muensterberger, Werner
1994 *Collecting : an unruly Passion*. Psychological Perspectives. Princeton University Press.
- Myers, J. Emlen, Fernando de Amores, Jacqueline Olin y Alfonso Pleguezuelo Hernández
1992 Compositional identification of Sevilla majolica at overseas sites. *Historical Archaeology* 26:131-147.
- Noël-Hume, Ivor
1962 An Indian ware of the Colonial period. *Quarterly Bulletin of the*

Archaeological Society of Virginia 17.

1978 "The Why, What, and Who of Historical Archaeology". En *Historical Archaeology: A Guide to Substantive Theoretical Contributions*, editado por R. L. Schuyler. Farmingdale, New York: Baywood Publishing Company.

1980 *A Guide to Artifacts of Colonial America*. Alfred Knopf, Nueva York. Olmi, Giuseppe

1985 Science-Honour-Metaphor: Italian cabinets of the 16th and 17th-centuries. En *The Origins of Museums : the Cabinet of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*, editado por O. Impey and A. MacGregor. Oxford University Press.

PAPV-Proyecto Arqueológico Panamá Viejo

2008 Informe de excavaciones realizadas al norte del convento de Las Monjas, coordenadas 600N-900E. Documento presentado por Annette Zeischka al Patronato Panamá Viejo.

Pleguezuelo, Alfonso

2000 Cerámicas para agua en el barroco español: Una primera aproximación desde la literatura y la pintura. *Ars longa: Cuadernos de arte* 9-10:123-38.

Poggi Salani, Teresa y Francisca Perujo

1972 De los búcaros de las Indias Occidentales de Lorenzo Magalotti. *Boletín de Investigaciones Bibliográficas* 8 (julio-diciembre):319-354. Universidad Nacional Autónoma de México.

Prado Berlien, Claudia

2006 Precisiones en relación a un tipo cerámico característico de contextos urbanos coloniales en la Zona Central de Chile. Ponencia presentada al XVII Congreso de Arqueología Chilena.

Rey-Bueno, Mar y Miguel López-Pérez (editores)

2008 *The Gentleman, the Virtuoso, the Inquirer: Vincencio Juan de Lastanosa and the Art of Collecting in Early Modern Spain*. Cambridge Scholars Publishing, Newcastle.

Rice, Prudence

1987 *Pottery Analysis. A Sourcebook*. The University of Chicago Press, Chicago y Londres.

Rodríguez Aguilera, Ángel

2000 Excavación arqueológica en el Carmen de la Concepción (Albaicín, Granada). Datos para una polémica. *Arqueología y Territorio Medieval* 7:137-156.

Rodríguez Santamaría, Antonio y Alberto Moraleda Olivares

1997 La cerámica bucarina en Talavera de la Reina (s. XVI-XVII). *Cuaderna-Revista de Estudios Humanísticos de Talavera y su Antigua Tierra* 5:21-35.

Rosenfeld Pomper, Linda

2008 La porcelana china kraak en Panamá. *Canto Rodado* 3:1-15.

Rovira, Beatriz E.

1981 La arqueología en los programas de restauración: La mansión Arias Féraud en la Ciudad de Panamá. *Vínculos* 7 (1-2):33-51.

1983 Arqueología histórica de Panamá. Documento inédito presentado a la Dirección de Patrimonio Histórico del Instituto Nacional de Cultura, como parte del proyecto PAN 82-008 "Patrimonio cultural", PNUD-UNESCO, Panamá.

1984 La cerámica histórica en la ciudad de Panamá: tres contextos estratigráficos. En *Recent Developments in Isthmian Archaeology*, editado por Frederick Lange, pp. 288-315. British Archaeological Reports, International Series, Oxford.

1989 La arqueología histórica del conjunto jesuítico de La Candelaria (Provincia de Misiones, Argentina). Tesis doctoral presentada a la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

2001 Presencia de mayólicas panameñas en el mundo colonial: algunas consideraciones acerca de su distribución y cronología. *Latin American Antiquity* 12(3):291-303.

Rovira, Beatriz, James Blackman, Lambertus van Zelst, Ronald Bishop, Carmen Rodríguez y Daniel Sánchez

2006 Caracterización química de cerámicas coloniales del sitio de Panamá Viejo. Resultados preliminares de la aplicación de activación neutrónica instrumental. *Canto Rodado* 1:101-131.

Rovira, Beatriz y Jazmín Mojica

2007 Encrucijada de estilos: la mayólica panameña. Gustos cotidianos en el Panamá colonial (Siglo XVII). *Canto Rodado* 2; 69-99.

Ruiz Gil, José Antonio

1998 Arqueología de la Bahía de Cádiz durante la Edad Moderna. Tesis de maestría. Departamento de Historia de la Antigüedad, del Arte, Geografía Física y Antropología. Facultad de Humanidades, Universidad de Huelva.

Sala Díaz, Marisol

1996 La cerámica roja pulida de contacto en el ex convento de San Jerónimo. Tesis inédita de Licenciatura en Arqueología. ENAH, México D.F. Schávelzon, Daniel

2001 Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (Siglos XVI-XX). Fundación para la investigación del arte argentino. Telefónica-Facultad de Arquitectura, Universidad de Buenos Aires.

Schiffer, Michael

1972 Archaeological Context and Systemic Context. *American Antiquity* 37:156-165.

Schreg, Rainer

2010 Panamanian coarse handmade earthenware - a melting pot of African, American and European traditions? *Post-Medieval Archaeology* 44 (1):135-164.

Seseña, Natacha

1991 El Búcaro de las Meninas. En *Velázquez y el Arte de su Tiempo – V Jornadas de Arte; Departamento de Historia del Arte “Diego Velázquez” – Centro de Estudios Históricos C.S.I.C.* Alpuerto, Madrid.

Shulsky, Linda

1998 Chinese porcelain in Spanish colonial sites in the southern part of North America and the Caribbean. *Transactions of the Oriental Ceramic Society* 63.

Smith, Greg Charles

1997 Hispanic, Andean, and African Influences in the Moquegua Valley of Southern Peru. *Historical Archaeology* 31 (1):74-83.

Solís Magaña, Carlos

1999 Criollo pottery from San Juan de Puerto Rico. En *African Sites Archaeology in the Caribbean*, editado por J. B. Haviser. Markus Weiner, Princeton.

South, Stanley

1977 *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press.

Spadaccini, Nicholas y Luis Martín-Estudillo

2004 Libertad y Límites: El Barroco hispánico. Ediciones del Orto, Universidad de Minnesota, Madrid y Minneapolis.

Therrien, Monika, Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán y Marta Fandiño

2002 *Catálogo de Cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada: Producción local y Materiales foráneos (Costa caribe, Altiplano cundiboyacense-Colombia)*. Bogotá FIAN, Banco de la República.

Viguria Padilla, F y A. Miján de la Torre

2006 La pica: retrato de una entidad clínica poco conocida. *Nutrición Hospitalaria* 5:557-566.

Wiley y Katz

1998 Geophagy in pregnancy: a test of a hypothesis. *Current Anthropology* 39:532-45.

Zárate, Diana

2004 La cerámica con engobe rojo en Panamá Viejo (1519-1671). Monografía para optar al título de Licenciatura en Antropología, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Santa Fe de Bogotá.